

D308
C37

Esta obra es propiedad de su editor, y nadie sin su consentimiento podrá traducirla, ni reimprimirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.



Imprenta y Casa editorial de Felipe González Rojas, calle de San Rafael, núm. 9, (barrio de Pozas.)



CAPÍTULO PRIMERO

Ramificaciones del ideal religioso.

RECISA reconocer con brevedad, para sacar con exactitud las consecuencias lógicas de todo cuanto hemos referido, el estado de la conciencia religiosa en los pueblos cultos, quienes, ó ya tienen de suyo natural predominio sobre los pueblos inferiores, ó ya ejercen, por necesidad, sobre todos ellos un protectorado más ó menos directo, pero necesario á la seguridad interior de la verdadera cultura humana y al movimiento y transformaciones del progreso universal. Quitaos de la mente un falso principio de la escuela positivista hoy en boga; quitaos la creencia errónea de una próxima desaparición del dogma religioso y del dogma metafísico en la humana conciencia. Será temerario, si queréis, para un filósofo de cierta escrupulosidad, deducir de sus concepciones subjetivas la realidad y la objetividad, pero no puede dudarse que para destruir la metafísica y la religión, así en la humanidad futura como en la historia pasada, necesitaríais rehacer el hombre, cambiar su naturaleza, ó bien divinizarlo en grandes apoteosis, ó bien confundirlo con las bestias, de todos modos, crear un sér distinto y diferente de nosotros mismos con diversa sustancia y con opuesto y antihumano organismo. Se transforman las ideas, pero no se pierden, y mucho menos se aniquilan. Las facultades humanas alcanzan mayor ó menor intensidad; pero subsisten todas. No resulta el progreso de ninguna suerte omnimodo y omni-lateral, como han creído, en su candor, algunas escuelas optimistas. Ciertas potencias del ánimo desfallecen; álzase otras á extraordinaria intensidad; unos objetos del pensamiento humano brillan más en el tiempo y en el espacio; estas edades resultan más artísticas; aquéllas más religiosas; esotras más científicas ó políticas; pero las grandes cristalizaciones del

humano espíritu subsisten siempre: la familia, el Estado, el derecho, la ciencia, la religión, siquiera sea rudimentariamente, doquier se forma una verdadera sociedad. Y la religión todavía predomina sobre los demás grandes objetos de nuestra inacabable actividad, y todavía resulta la más primitiva y más antigua entre todas las instituciones humanas. En el fondo triste y oscuro de la madriguera prehistórica, denominada gruta lacustre, se ha encontrado el amuleto y el relicario para testificar cómo el hombre primitivo, especie de feto encerrado en las entrañas de la Naturaleza, con sólo despertarse á una vida embrionaria, siente ya la necesidad confusa de algo sobrenatural y milagroso que le oriente por los caminos de la tierra y lo perpetúe más allá de la tumba. No se somete á ningún Estado, á ninguna legislación el indio aborigene allá por las selvas inexploradas de América: las palmas de los desiertos y los plumajes de las aves lo visten; el tronco de los árboles, verdaderas cabañas, lo abrigan; la vida nómada y errante lo atrae; la flecha le sirve para pasar entre las bestias, que le mueven guerra; y en estado tan sencillo, cuando no concibe ninguna de las nociones fundamentales sobre que descansa la sociedad, un superior instinto le conduce á idolatrar su fetiche, verdadero esbozo de la divinidad, y á oír en los bramidos del viento y en los susurros del follaje los gemidos del alma de sus padres, verdadero anuncio de la inmortalidad. Para quitar la religión de las sociedades humanas precisaría quitar el sentimiento con todos sus afectos, la intuición con todas sus adivinaciones, el arte con todos sus celajes, el dolor con todas sus penas, la muerte con todos sus misterios, el ideal á que tienden todas las facultades, lo infinito que nos circunda y nos envuelve, nuestro propio sér y todo el Universo. El error de los positivistas estriba en el intento de conocer la religión por facultades privativas de la ciencia, por la razón pura, por el raciocinio lógico, por la observación natural, por la experiencia y demás medios puramente científicos: empresa tan vana como si le pidiéramos al arte y sus creaciones la vida y el movimiento y el sér y la esencia de una realidad. Así como el raciocinio puro no sirve para el arte, que necesita y exige las inspiraciones del sentimiento, no sirve tampoco el raciocinio puro y abstracto de la religión, que necesita y exige la fe, y, así como el testimonio de nuestros sentidos muchas veces contradice la razón, y no por eso dejamos de usarlos, el testimonio de la fe contradice á la razón también muchas veces, y no por eso dejamos de necesitarla, y de necesitarla vivamente. Lo cierto es, que sobre las cimas del mundo se levantan los templos cargados de ex votos y henchidos de oraciones; que, por doquier, los altares humean, iluminados por las llamas del holocausto y del sacrificio; que las tumbas de las generaciones muertas obstruyen los caminos de las generaciones vivas, y les hablan del espíritu religioso, cuyos consuelos han convertido la nada en vida; que una oración incesante sube, con las alas desplegadas, por la inmensidad en pos de algo superior á todo lo creado; que los planetas, bogando por los espacios etéreos, llevan humanidades varias en sus senos, las cuales no se contentan y satisfacen con el

calor de la vida material y con la comunicación de los seres materiales, sino que, poseedoras de lo perfecto y de lo absoluto en su mente, buscan el sér de absoluta perfección, correspondiente á su ideal, y oculto en los abismos tras el resplandor de los cielos.

Hay en las regiones, como en toda manifestación del humano espíritu, la unidad y la variedad. La idea religiosa es una y supone siempre un sér superior, un dogma, una moral, un culto, una liturgia. Pero la unidad no excluye la variedad. Así como bajo la unidad del Universo cabe la diversa multiplicidad de seres; y bajo la unidad de la ciencia cabe la oposición de los sistemas; y bajo la unidad de la fuerza cabe la contrariedad de los impulsos ó de las tendencias; bajo la unidad del principio religioso cabe la diversidad y hasta la contradicción de las religiones. Mas, toda religión tiene que ser por fuerza ó naturalista ó supranaturalista; toda religión tiene que adorar á la Naturaleza en sí, ó algo superior á la Naturaleza misma. Las dos grandes razas, en que se dividen la historia de la civilización universal, son: la raza indo-europea conocida con el nombre de aria, y la raza puramente semítica. Entran los indios, los persas, los griegos, los latinos, los germanos, los eslavos, en la raza indo-europea; y entran en la raza semítica los fenicios, los cartagineses, los árabes y los judíos. Estas dos razas habrán tenido su período de fetichismo y de idolatría; en cierto tiempo habrán sido ambas á dos más ó menos politeístas; pero no puede negarse que la raza semítica, en sus dos grandes familias, el árabe y el judío, es una raza esencialmente monoteísta, después que se ha constituido en civilización, así como la raza otra, la conocida con el nombre de aria, es una raza esencialmente panteísta. Podrán los dioses del pueblo griego adquirir en aquellas espléndidas ciudades, en los recortes de las tranquilas costas, sobre los pedestales de sus sonoras islas, en los estrechos valles, cierto carácter individual, propio de la raza esencialmente individualista; pero el fondo y la substancia de todos aquellos dioses, hállase por completo en la unidad esencial del sér, de la que reciben su vida, como reciben jugo y savia del campo los vegetales, al par que concentran y acumulan el apartado y vivificante color del sol. No puede negarse que la religión cristiana es un gran océano de pensamientos; y que tal océano de pensamientos ha recibido los caudales de cuatro grandes ríos tributarios: los libros de los vedas, los libros del Zendavesta, los libros de la Sinagoga, los libros de la ciencia griega; por lo cual tiene un carácter sintético y universal, que hace de ella la región definitiva y perenne del humano linaje. La principal diferencia entre la religión de los semitas y la religión de los arios, desde luego, se halla en sus ideas contradictorias acerca del problema de los problemas, acerca de la procedencia del mundo. Para los semitas, el mundo es la creación de Dios; para los arios el mundo es la emanación de Dios. Los primeros comunicarán el Universo con Dios, la creación con el Creador por medio de Profetas divinamente inspirados, pero inferiores de suyo á la divinidad; mientras los segundos comunicarán el Universo con Dios por medio de las encarnaciones divi-

nas, como el Verbo; y por medio de los espíritus puros como el Paracleto, que llevan, después de todo, la divinidad en su seno, sin que tanta grandeza pueda impedirles el acercarse y confundirse con la triste humanidad, á pesar de su contingencia. La religión aaria es la religión de la Trinidad, como la filosofía platónica y alejandrina es la filosofía de la Trinidad. El cristianismo necesitó recoger las dos grandes tendencias de las dos grandes religiones; la tendencia de los semitas y la tendencia de los arios. Para no separarse de los semitas su Dios primordial fué, á no dudarlo, el Dios de los judíos, el Dios del Sinaí, el Dios de la Sinagoga, y para no separarse de los arios, completó la idea del Dios semita con la idea de la Trinidad, que, proveniente de la India, se perfeccionó en la ciudad de las grandes síntesis y de los maravillosos sincretismos á las orillas del Nilo, sobre las costas del Mediterráneo, ante las puertas del África y del Asia, enfrente de Italia y Grecia, en la ciudad misteriosa de Alejandro. ¡Cuántas analogías entre la religión primitiva de los arios y la perfeccionada religión de los cristianos! El nombre mismo de Dios, á cuya pronunciación todos los fieles sienten como los escalofríos producidos en los nervios por el contacto de lo sublime, tal palabra inefable, se deriva del antiguo Deus latino, el cual, á su vez del antigua Deva indio, que quiere decir tanto como brillo, y que prueba cuánto nuestros progenitores confundieron la idea del Dios eterno creador y conservador de todas las cosas, con la idea del fuego que ha producido y ha conservado por medio de sus condensaciones varias, todo el Universo. Encontrándose frente á frente de tal unidad primitiva, los arios tuvieron necesidad evidente de consagrar la variedad; y para consagrar la variedad, tuvieron que deducir la Trinidad. Para ellos el fuego es el motor universal y el padre de la vida. Los rayos de ese fuego son como el Hijo eterno, que comunica su calor á todas las cosas creadas; y el que cooperará es el espíritu, si se quiere, el aire, sin el cual nada existiría. De suerte que la Trinidad india corresponde á la vida y al organismo de la vida y al movimiento de la vida, espiritualizados más tarde por el Padre, el Hijo y el Espíritu en la filosofía alejandrina y en la religión cristiana. Indudablemente, allá en el centro de Asia se hallaba el germen de esta religión sostenida por sagrados ritos, por sacerdocios privilegiados, los cuales se arrodillaban al pie de altares sacratísimos, sobre cuyas aras ardía el fuego de los holocaustos para consumir á las víctimas disipadas en verdaderas nubes de aceptos sacrificios. De allí, de aquel centro dimanaron los dos libros, el Brahamánico de los vedas y el persa ó Zendavesta. Y estos dos libros esparcieron su doctrina entre los judíos desterrados en Nínive y Babilonia, verdaderos precursores del Cristianismo, que guardaron la idea entre símbolos y misterios no revelados hasta mucho después de la venida de Cristo en el oriental y alejandrino Evangelio de San Juan, escrito indudablemente á fines del siglo segundo, cuando ya era hora de descubrir la revelación universal. No, no puede negarse que la Trinidad tiene su germen primero en los altares brahamánicos; no puede negarse que María, el ideal feme-

nino, se anuncia en la maya india; que el nacimiento de Cristo en noche invernal con su buey al lado, se parece al nacimiento de los dioses arios; que la venida de los magos precedidos por su estrella se halla en todas las antiguas teogonías persas; que un carpintero es el padre de los Redentores indios; que un altar mirando á Oriente recibe los sacrificios; que Pascuas como las nuestras se celebran en las mismas estaciones; y que aquel Sábado Santo del cirio Pascual, del fuego encendido nuevamente de la resurrección saludada por tantas aleluyas, es como un eco de los himnos vedas y de sus efusiones líricas por la santa luz universal. Naturalmente, las conquistas de Alejandro abrieron caminos varios á todas las ideas, caminos asegurados luego por las conquistas romanas. La fundación de Alejandría fué como el foco de la conciencia, donde se encontraron los rayos de la revelación religiosa. El terapeuta egipcio y el esenio judío guardaron todas estas revelaciones en el santuario de los desiertos. Philón escribió una síntesis fulgurante, que le había inspirado su nacimiento en Judea y su educación en Alejandría, especie de anticipado San Pablo laico; y así, Brahama, Siva, Ormud, Jehová, el Verbo helénico, el Espíritu Santo, llegaron á formar la gran síntesis espiritual sobre cuyas bases debían reposar todas las civilizaciones modernas. Desde luego el mundo judío se resistió con resistencia grande á las invasiones del mundo ario. Si Pedro y Santiago, hubieran prevalecido, la Iglesia hubiera sido una variante, y nada más que una variante, de la Sinagoga. La moral judía, sencilla y clara, hubiese contrastado la abstrusa metafísica de los helenos, y la complicada teogonía de los indios. El Evangelio de San Mateo, escrito bajo esta primera manifestación del Cristianismo, sólo contiene parábolas poéticas de una suprema sencillez. El Evangelio de San Lucas, ya tiende hacia los elementos helénicos, y se aparta de los elementos judíos; ya corre hacia la ciudad humana, ó Alejandría, y huye de la ciudad divina ó Jerusalén. Naturalmente, todos estos cambios y todas estas transformaciones se comprenden, por haber llegado San Pablo á las puertas de la Iglesia, y haber comprendido que no se dilataría por el mundo ésta, si no pactaba con los romanos, dominadores á la sazón de la tierra, y no abría su espíritu á las grandes revelaciones helénicas. San Pedro y San Mateo representan el judeo-cristianismo, la Iglesia en brazos todavía de la Sinagoga. San Esteban y San Lucas representan el paso desde el Cristianismo semítico al Cristianismo helénico. Y San Pablo y San Juan representan ya el Cristianismo universal. En pos de todos ellos vendrán Orígenes, San Ireneo, San Clemente á confirmar más y más el espíritu griego en la Iglesia católica; vendrán San Clemente y los primeros Papas á darle por su parte con las tradiciones romanas el necesario sentido jurídico; vendrán Tertuliano y San Agustín á darle también algo de carácter de su continente misterioso, el Africa, y unido todo esto, al reconocimiento de la Biblia como base del Evangelio y al reconocimiento de la Sinagoga como ingreso en la Iglesia, el Cristianismo, derivado también de las reminiscencias védicas, y tan parecido en su liturgia del